

# DON JOSE SANTANA FLEITAS, INDUSTRIAL METALURGICO



## Durante dos años hizo a pie el trayecto desde Arucas a su trabajo en Las Palmas

**D**on José Santana Fleitas es un hombre con buen humor: cuando habla sonríe constantemente; y a las cosas que dice, con la mayor seriedad del mundo, no parece darle mucha importancia. Se refiere a su pasado y exclama: ¡Cuánto he trabajado! Pero la suya es la expresión del triunfador: del hombre que ha trabajado duro, pero que ha obtenido de su trabajo un rendimiento óptimo.

La historia de don José Santana Fleitas, una larga y pintoresca historia, está jalonada de hechos curiosos, anecdóticos, que vale la pena referir. Comienza en Arucas.

*-Allí nací, en 1899 (al decir la fecha, vacila. ¿Se quita algunos años D. José?). Mi familia era de Telde, y yo, al poco de nacer, viví también una temporada en Telde, pero regresamos unos años después a Arucas. A los seis o siete años ingresé en el Colegio de los Hermanos de La Salle. No sé la fecha exacta, pero puede averiguarse: fue el mismo año en que comenzó a funcionar el colegio. Estuve con los Hermanos hasta los catorce años, más o menos. Entonces empecé a trabajar.*

Por la cuenta de don José esto debió ocurrir en 1913 ó 1914.

*-A mí me ha interesado*

*siempre la metalurgia. En Arucas había un taller, el de Maestro Luis el Mocho, que era el taller más completo que existía en Gran Canaria. Allí aprendí el oficio. Entré, claro, como un simple aprendiz, y seis años más tarde era el encargado del taller. Tenía yo entonces veinte años.*



Don José recuerda aquellos duros años: trabajando de sol a sol, sin horario.

*-Los días en que había más luz, en verano, se trabajaba más. Los días más oscuros, en invierno, se trabajaba menos. Así era aquello. Y ganaba tres pesetas diarias.*

Pesa su tarea de encargado, el puesto empezó a venirle corto para sus ambiciones: se decidió por la aventura, por la ciudad.

*-Mi primer empleo en Las Palmas fue con la firma Hijos de Enrique Sánchez. Allí ganaba cinco pesetas diarias. Pero yo seguía viviendo en Arucas, por lo que tenía que trasladarme todos los días a Las Palmas. Resulta que entonces el coche*

*costaba tres pesetas ida y vuelta a Arucas. Yo no podía pagarlo. Y opté por la solución más drástica; caminar. Durante dos años diariamente, vine a Las Palmas y regresé a Arucas caminando.*

Don José cuenta su peripecia sin jactarse: para él, en aquellos dos años fue tarea natural levantarse a las cuatro de la mañana, coger todos los atajos del camino, y llegar a Las Palmas a las ocho, hora en que comenzaba su trabajo en el taller de Enrique Sánchez. Lluvia, frío, cansancio, le dieron posiblemente muchos disgustos en su momento. Pero también es muy seguro que aquel ejercicio obligado fuera la causa de su actual forma física, excelente para un hombre de su edad.

*-La Compañía del Ferrocarril se enteró de que yo era un buen mecánico, y me llamó contratándome. El sueldo fue de diez pesetas. Con esta compañía trabajé bastantes años. Yo empezaba entonces a querer establecerme por mi cuenta; no tenía ningún dinero, así que tuve que esforzarme, trabajando horas extras, los domingos incluso, para poder ahorrar algo. Me casé y me vine a vivir a Las Palmas.*

Don José hace de cuando en cuando una pausa en su relato y pide algo a su esposa, y me aclara:

*-Es mi segunda mujer. La otra, la pobre, murió hace algunos años.*

Después continúa:

*-Por fin logré juntar 7.000 ptas. Contraté con un representante de maquinaria la compra de un torno y de otras herramientas de taller. El representante -vamos a no decir su nombre, es una persona conocida- se comprometió a entregarme el material en un plazo de dos meses. Me estafó. No ví más*

# Su taller, que llegó a tener más de 40 empleados, construía la maquinaria para los pozos de la isla

*ni el dinero, ni, desde luego, ese material que nunca llegó. Había que volver a empezar de nuevo.*

Don José sonríe, recordando aquello. Y vuelve a decir: ¡Qué cosas he pasado! Pero aún hay más.

*-Ahorré otro poco de dinero, Y compré las herramientas que necesitaba a D. Rafael Pérez Medina. Este me las dió a plazos. Estuve pagando, durante un montón de años 209 pesetas mensuales. ¡Lo que me costó cumplir puntualmente con mis compromisos!*

A don José, antes de iniciar su despegue como gran industrial, le quedaba atravesar el último obstáculo, quizás el más difícil y el que estuvo a punto de hundirlo (y no metafóricamente, como se verá).

*-Empecé a especializarme en la construcción de maquinarias para pozos. Esa maquinaria, entonces, solo podía hacerla Hijos de Enrique Sánchez y yo. Yo, desde luego, no contaba con capital suficiente para realizar de una sola vez, la maquinaria completa, así que fui fundiendo una a una las piezas, según me lo permitían mis condiciones económicas. Finalmente completé una bomba, con todos sus accesorios. Y la vendí. Me la compró un señor de Tenerife, con la condición de que yo fuera a instalarla. Me pagaría por ella 30.000 ptas. Yo ya veía los cielos abiertos. Con ese dinero solucionarían todos mis problemas y podría darle un gran empuje a mi negocio para poder situarme con seguridad. Sin embargo...*

Don José, contento y con buen ánimo, embarcó la bomba en el "Ciudad de Málaga" que partiría para Santa Cruz al día siguiente.

Que era martes y trece, recuerda don José.

Su esposa, asustada, nerviosa ante esa coincidencia fatídica, le pidió que retrasara el viaje. El accedió: llegaría a Tenerife unos días después de su máquina.

*-Cuando al otro día me levanté -yo vivía cerca de la Comandancia de Marina- vi a mucha gente arremolinada en la orilla del mar. Pregunté qué pasaba. Me dijeron que el "Ciudad de Málaga" se había hundido, al chocar con otro barco cuando salía del puerto.*

Aquél fue un duro golpe. En la construcción de su máquina don José había empleado todo el capital de que disponía, que ahora estaba en el fondo del mar. A cualquier otro hombre, este nuevo descalabro le hubiera significado un revés insuperable. Pero no a don José, que indudablemente, está hecho de la madera de lo que los americanos de USA llaman "triunfadores".

*-El asunto fue trágico, pero no insuperable. Total, todo era empezar de nuevo...*

Don José vuelve a sonreír, continúa.

*-También es verdad que fue el último revés grave. Salí de aquella. Mi taller se fue acreditando. Había mucho trabajo. Entonces no se importaba ningún tipo de maquinaria, así que todas las necesidades había que cubrirlas aquí. Prácticamente, todos los pozos de la isla funcionaban con las máquinas que yo hacía y las que hacía Hijos de Enrique Sánchez. Mi industria creció, hasta tal punto que llegué a tener más de 40 empleados.*

También llegó para don José el tiempo en que se le reconocieran sus méritos.

*-En 1934, en una exposición Industrial que se realizó en los Jardines del Círculo Mercantil*



El Sr. Santana Fleitas, junto al entonces Alcalde de Las Palmas, Sr. Ramírez Bethencourt y otros componentes de la Corporación.

*me dieron el Premio de Honor.*

Me enseña una medalla de oro, concedida por el Ministro del ramo. Más tarde fue nombrado primer Presidente de la Mutualidad Laboral de Las Palmas, de la que actualmente es Presidente de Honor. Por último, fue consejal por el Tercio Sindical, desempeñando en el Ayuntamiento el cargo de Teniente Alcalde, bajo el mandato de José Ramírez Bethencourt, aparte de presidir las Delegaciones de Talleres, Parque Móvil, Bomberos, etc.

Ahora, don José, tranquilo, sin prisas, descansa, supervisa la industria (situada entre las calles Canalejas y Eusebio Navarro, en unos amplios espacios que hoy deben valer una fortuna y que él adquirió por poco dinero hace más de cincuenta años, cuando toda aquella zona era de platane-ras) que dirige su hijo, vigila de cerca otros negocios, y sobre todo, disfruta merecidamente de la vida, disfrute que él se ha ganado a pulso.

Cuando me despido de él, después de haber recorrido los talleres, me dice:

*-No le conté como acabó la aventura del "Ciudad de Málaga". Años más tarde, la "Rócar" compró el barco hundido y lo puso a flote, vendiendo todo cuanto pudiera ser aprovechado de él. Entre ese material estaba mi bomba. Algunos quisieron comprarla y me pidieron consejo. Yo les dije que debía de estar toda estropeada por el óxido. Pero no lo estaba, y acabe por comprarla yo mismo. La vendí después en 100.000 ptas.*